Ano IV | Bolívar, Noviembre 29 de 1914 | Núm 185

LIBRE EXAMEN

PERIODICO SEMANAL, ORGANO OFICIAL DEL CENTRO DE LIBRES PENSADORES DE BOLIVAR

Aparece los Domingos — No se devuelven los originales — Tiene responsables

Comparaciones

—s—

Filológicamente hablando, el individuo es a la sociedad, lo que la raíz— elemento irreductible— es a las palabras.

La raíz o substratum de la sociedad es el individuo.

Sin él aquella carecería de forma, de tendencia y de carácter. En toda agrupación la sola individualidad es quien fija o modela.

Examinemos la palabra mas bella o mas perfecta, busquemos en la menos armoniosa o en la mas simple, y en todas sin excepción encontraremos su expresividad dentro de su parte mas íntima e irreductible.

De la misma manera la sociedad.

Ella es el simple reflejo de un grupo de muchos grupos. Ella es la representación intrínseca y extrínseca de las atomicidades componentes; valga decir, del individuo.

Los individuos hacen a la sociedad a su manera. En ellos está la fuerza dirigente e impulsante junto con la transformativa o evolutiva.

Pretended poner una sociedad en el individuo y este la rechazará. Imponed en cambio este en aquella y su influencia la cambiará directamente.

Y es tan solo porque la parte anímica y dinámica se lleva concentrada en un cerebro y la sociedad no es sinó un compendio o un conjunto de cerebros. Los individuos, raíces germinadoras de la sociedad, llevan la fuerza y la materia, el todo en una palabra de sus componentes; en tanto que, la sociedad, no hace mas que adoptar la forma y la expresión que aquellos le imprimen.

CHANTECLAIRE

LA FELICIDAD

— —

La felicidad es una diosa a quien nos imaginamos como presidiendo el imperio sublime de todos los placeres y el reinado de todas las satisfacciones. Ella tiene para nuestra imaginación fantástica, el fin único y verdadero hacia el que nos dirigimos con toda la conciencia y la inconciencia de nuestro ser. Hombres hay que daríamos una mitad o las tres cuartas partes de la existencia, con tal de poderle alcanzar y desposarnos aunque fuera por cortos instantes con ella. Su posesión es nuestra subjetividad alentadora, pero es tambien muchas veces el suplicio eterno de un sufrir incesante. La felicidad está y al parecer, condenada a un celibato perpetuo.

De ella tomamos la fuerza de vivir, envuelta por el gérmen de la muerte. La felicidad nos alienta y nos consume. La felicidad nos habla de dichas inefables y supremas; pero nos roba al mismo tiempo las cortas y reales satisfacciones de que disfrutamos. Tiene para nosotros la actracción de una hada de los ensueños, y junto a esa atracción el enervamiento fatídico de las Parcas.

Queremos alcanzarle y no podemos. Queremos rehuirle y ella nos atrae. Es lo que se dice nuestra dominadora.

Muchas veces pienso si no seríamos felices, al no *existir* o presentir la felicidad.

Y creo no pensar mal.

Para muchos, imaginarse lo inalcanzable es uno de los mayores tormentos de la vida; pero para otros, saber y comprender que algo no existe, es en cambio la mejor y mas grande de todas las satisfacciones.

Fiat Lux

Fuerza de convicción

—s—

Los obstaculos que se interponen a la realización de una obra cualquiera, estan mas en relación con el *querer* y el *interes* que se le dediquen, que no con su magnitud y dificultades mismas.

Los individuos que en lugar de emplear sus fuerzas en llegar a un fin, sea este o no alcanzable, lo malgástan crean do o agrandandóse a voluntad dificultades, no son otra cosa que vulgares ilusos de lo no comprendido.

A una fuerza de voluntad y a una potencia de constancia, no le pueden intimidar los obstáculos por mayores que fuesen las magnitudes que encarnasen. Es la voluntad y la constancia para ello, la piqueta demoledora é irresistible ante la cual todo se inclina y todo desaparece.

Hombres que ante un convencimiento me digan de dificultades; me hablen de desmayos; o me anticipen lejanías solamente, comienzan por no ser para mí hombres convencidos.

El *querer* da el *interés*, y el *interés* salva los escollos y las distancias. Y no hay tampoco, cuando existe *interés y querer*, ni los temores del peligro, ni la duración de los tiempos, ni las vacilaciones de la incertidumbre.

Ante la voluntad del hombre no hay abismo insalvable, ni hay nunca tampoco tropiezo que no desaparezca. Ella es la reguladora de toda obra.

P. M.

Confidencias

—s—

Si alguien me preguntase que adonde voy, no sabría ni podria responderle.

Se q' me dirijo a la investigación del infinito; y voy en busca de un mas allá desconocido pero imaginado por las concepciones sublimes del ensueño. Nada mas. Sigo en pos de un anhelo y persigo la simple prosecución de un ideal.

Llevo por norte el emblema del porvenir, y encuentro la fuerza de mi vida en la sola conciencia de que marcho.

El futuro es la estrella que me guía; y es en la noche de los tiempos el recuerdo del pasado lo que me hace comprender que he vivido.

Voy soñando despierto y despierto quisiera tambien morir.

Los anhelos, las ansias, los ensueños, los futuros, las idealidades, los mas allá; he ahí en síntesis las cosas que persigo y las potencias que me alientan.

A. Berg.

Fuera temor

—s—

Cada vez que en la vida normal de los pueblos se ha cometido uno de aquellos *atentados espeluznantes*, (cargado en cuenta por la sabia previsión e interés de la clase del privilegio al anarquismo), el sentimiento público tan estúpido como ignorante, ha puesto lo que se dice el grito en el cielo.

Los asalariados de la pluma y los sistemáticos opositores de lo que ellos llaman «el trapo rojo», han dicho de humanidades y de crímenes; de evoluciones y revoluciones; de temores y de peligros. ¡Que se yo el número de epítetos y de alarmas!

Sin embargo, todos aquellos crímenes y crímenes; todas las bombas del Colón (sic) y del Liceo; todas las armas de Caserio, de Bresci y de Angiolillo; todos los Ferrer, Ravachol, Karatchine, Radowisk y el sinnúmero de libertarios asesinos, son ahora, y juzgandoles comparativamente con Guillermo, Nicolás, Jorge, Francisco José y sus adlateres, tan so-

lo pálidos y difusos reflejos.

No han podido los anarquistas, y aun comprendiendo en su definición a los nihilistas y terroristas, alcanzar la perfección en sus sistemas destructivos, que han alcanzado los *pacíficos* soberanos europeos en esta *necesaria* lucha de defensa territorial y de disputas comerciales.

Cuando los *atentados espeluznantes* se producen, (y que siempre como dije se debitan al anarquismo) nadie chilla ni protesta, a no ser uno que otro sectario o algún otro desequilibrado mental, de que se responsabilice a la doctrina por los hechos concordantes o discordantes de sus afiliados. Mas aquí, en esta carnicería horripilante de civilización en pleno siglo de las luces, no aparece doctrina ni hombre a quien culpar de los cientos de miles de muertos y de los centenares de pueblos y *aldeas* como Amberes, Malinas, Lovaina, Reims, etc, etc, destruidas.

En esto no anda el anarquismo ni los sectarios del trapo rojo. Aquí solo se escucha hablar de patriotismo y de dignidades nacionales. Solo surgen altiveces y... crímenes, en nombre de la decantada y corrompida civilización y del repudiable progreso.

Se han gastado mil veces mas cantidades de explosivos en el sitio de una ciudad belga por los atacantes y defensores, que no la empleada por los anàrquicos en sus condenables e inhumanos atentados de toda su égida.

Pero es lo que se dice vulgarmente: El patriotismo es una religión, y los crimenes y destrucciones que a su amparo se cometen, representan para la estupidez obras meritorias y heroicidades.

¡*Quosque tandem!*

A. Gutierrez.

El despotismo

— —

En todas las épocas y edades, y en tal o cual gobierno, ya sean estos monárquicos, imperialistas, o republicanos, — el despotismo y la barbarie— han sido armas poderosas de las cuales han hecho do mano, y se han servido todos los gobiernos, para mantener a los pueblos en la mayor de las esclavitudes.

Pero a pesar de todos los despotismos, y pasando por sobre todas las barbaries, y volviendo la vista al traves de la historia, desde los tiempos Romanos y Napoleónicos hasta nuestros dias; la vida de los pueblos bajo dístintos gobiernos, ha venido siendo menos penosa y esclava, y esto debido al desarrollo moral e intelectual de las masas populares.

Sín dejar de reconocer, de que aún hoy en pleno siglo XX y bajo gobiernos *demócratas*; tan déspotas o mas que los anteriores, siguen los pueblos arrastrando la penosa cadena de la esclavitud; y siendo tan sumisos, o mas de lo que eran en épocas anteriores; (negarlo sería hasta contraproducente y erroneo afirmarlo) incurririamos en los mas grandes errores — salgamos pues del enigma—La pequeña y relativa libertad; de la cual hoy gozan los pueblos, es debido al cambio y fórmulas de gobierno; (dejando constancia, de que sean estos tan déspotas o mas que los anteriores:) los gobiernos de épocas anteriores, ejercían tal opresión y tiranía sobre los pueblos, que les era a estos imposible el rebelarse contra tal o cual tirano, porque en el acto el que tal cosa pretendiese, pagaba con su vida su atrevida altivez, (como por ejémplo) citaré a la España inquisitorial, con su Torquemada a la cabeza; quien no esperó a que e t r minase la hoguera de Juan Huss; cuando cerró la boca de Galileo, y aventó por los aires las cenizas de Giordano Bruno, y hoy, ya no es la inquisición la que gobierna, es la intólerancia, ¿y que es intolerancia? — Es la inquisición sin armas — Vuélvase la fuerza, y sera de nuevo lo que era en la Edad Media.

He aquí el porqué los pueblos gozan de esa pequeña y relativa libertad; sin que con esto queramos decir que los gobiernos de hoy, no sean como los del pasado, y lo demostraré en un breve ejemplo: ¿Recordaís, decía Luis XIV al duque de Vendome, señalando una cuesta que había aquí en otro tiempo un molino? —Si señor contestó el duque; pero si el molino ha desaparecido, el viento que la movía, no ha dejado de soplar!.

Lo que equivale a decir que un gobierno fue sustituido por otro, tan déspota como el primero; y es por eso, que nosotros, los anarquistas, combatimos y negamos a todos los gobiernos habidos y por haber, porque decir gobierno, es decir opresión, tiranía, y negación de Libertad.

Gervasio Luques.

Laudatoria

—s—

La verdad es un cáustico que conviene aplicar á las llagas sociales.

— —

Decir en estos tiempos las cosas que se sienten y como se sienten, es casi un delito. Pero es menester hacer de delincuentes.

Solo a fuerza de caústicos se podrán cauterizar las llagas que afean a un cuerpo.

Hay necesidad de Cristos pue se conformen con ser lapidados en ese vasto campo de las cruces de la gran familia.

Pasaron las epocas en que las verdades tenían que guardarse en puño cerrado y para sí. Las cosas conservadas en el silencio y en el aislamiento se enrancián. Las verdades que no se usan o que no se emplean, pierden pronto su eficacia y hasta su carácter de verdades.

Hay demasiadas convenciones de moral que impiden precisamente de ser morales. Y la verdad por eso, ha naufragado en el mar de la indiferencia cuando no en el océano de la repugnancia.

Se impone para la moralidad y se suicida con los moralistas. La naturaleza de la verdad asusta, porque las visuales huyen pudorosas de su desnudez, y con sus temores la van inmoralizando.

Sin embargo, yo prefiero la desnudez de la Verdad al lascivante traje de una mentira; de una convención.

De nada vale un disfraz cuando se descubre el alma. Las apariencias engañarán, pero nunca ni en conciencia podrán llegar a una convicción. Y lo imperfecto de nuestro mundo, no es mas que la carencia de convencidos.

Por eso que yo, siempre que puedo, hablando y accionando, empleo la verdad sin reticencias. Sentenciosa. Brutal. Bárbara.

Pero eso sí, exornada por necesidad con hipocresia. Pido políticamente la disculpa.

...Es el medio de usar la verdad con éxito. Disimulandole la desnudez con un ropaje de palabrerío. De ese modo se amengua el *delito*, a la vez que se aplica el necesario caústico a las mas purulentas llagas de la sociedad.

Viriato Epaminondas

El vicio y la virtud

—s—

Se ha dicho de que existe el vicio por el hecho simple de que hay virtud; y en verdad, la resultante de las cosas es así.

El vicio y la virtud, en la faz moral de la vida del hombre, son tablas de valores idénticos a los justiprecios materialistas.

Ambos terminos son precios convencionales, que valoran los actos con la misma razón que el dinero se ha fijado para cotización de los productos.

Ni el vicio ni la virtud recompensan ni desvirtúan la riquezas ó las repulsividades del modo de ser y de comportarse de los individuos.

Intimamente, la esencia no se cambia, pero en realidad, se desfigura. La variación esta en quien les juzga.

Las morales con sus conceptos del vicio y de la virtud, tan diversos y dife-

rentes cuantos sean los puntos de mira en que se las encuadre y se las coloque, genera, precisamente todo aquello que nunca debieran de generar.

El concepto equivocado que los hombres sustentan del mal y del bien, es lo único que les lleva al culto de las virtudes —vicio y de los vicios— virtudes.

No puede ni podrá existir jamás el uno sin la otra. Ambos son los eternos inseparables de una misma cosa.

INK ROTH

A un nuevo luchador

— —

Al mágico conjuro de la Idea que en eclosión gloriosa bulle en tu mente, surge radiante, como una floración de ensueños o cual eurítmica visión, la utópica ciudad donde convergen las ansias infinitas de miles almas nobles, gemelas a la tuya, que sedientas de amor y libertad van errantes por el mundo. Surge del caos, esplendorosa refulgente, al loco aletear de tu loca fantasía, como irisdicente gema, herida por los aúreos rayos solares de un mediodía estival, que brillara entre el fango de inmundo lodazál.

Y es esa la ciudad anhelada por todo aquél que aspira en su fiebre, ascencional a un «mas allá» glorioso; y es esa la que entrevieran todos los luchadores que fueron, los caidos, los fracasados, los que heroicamente murieron.

Ella es la pérfida amada de locos y visionarios a los que hace caer rendidos, con las alas del alma hechas pedazos y marchitas las rojas flores de la ilusión, al final de la jornada; ella será, talvez, la que emponzoñe tu virgen corazón y seque la esperanza de tu vida en flor.

Que jamás la duda impía y el negro pesimismo invadan tu alma generosa, hierática presea inmaculada, despertándola, del grato sueño que en éxtasis la remonta a las etéreas regiones donde mora la Quimera, para lanzarla en el negro abismo de las prosáicas y brutales realidades.

Que ese entusiasmo y esos tus ímpetus juveniles, perpetuandose por siempre en tu ser, solo se extingan con tu pos t er aliento; y que sepas con denodada altivéz, rompiendo trabas morales y decrépitos prejuicios, salvar todos los obstáculos que en tu carrera triunfal, los réprobos y canallas, los tiranos y verdugos de toda la humana y doliente casta, te opondrán brutales y tenaces.

Persevera en tus ansias; se fuerte si quieres alcanzar el triunfo y borrar de tu frente poluta, el estigma vergonzante de tanto siglos de esclavitúd y oprobio y de cobardías infinitas, que abruman la humanidad.

Sè fuerte, que solo de los fuertes es el reino de la Tierra. Sé fuerte, y en la utópica ciudad, que al mágico conjuro de la Idea que en eclosión gloriosa bulle en tu mente, y cual eurítmica visión la ve esplender tu fantasía, entrarás triunfante como un nuevo Saladino en una nueva Jerusalen.»

Así dijo una voz desconocida al apuesto y apolíneo efebo, que, espada en mano, cual gladiador gentíl, bajara a la arena, donde en reñida lid se debaten las cuestiones sociales y las pasiones humanas.

Féliz Gago.

Incompatibilidades

—s—

Nunca he podido imaginarme que dos cosas opuestas tuviesen otro vínculo de unión que no fuese una ley de desarmonír. El vicio y la vi túd por ejemplo son antitéticos. Se repelen.

Lo mismo pasa entre el masón y el anarquista.

La razón y el fanatismo nunca hicieron migas. Y esto, sea dicho, con el permiso del *ecléctico* José Castro.

El espíritu de análisis que guía al anarquista, le hace desmenuzar en la mas ínfima de las partes, a todos y a cada uno respectivamente, de los hechos y de las acciones que como actos volitivos o inconscientes se producen en nuestro mundo moral y social.

Esta doctrina, encuentra para todo, sus factores determinativos, de los que, como leyes invariables y fatales, no puede excusarse ni excluirse, a menos de incurrir en lo que a la luz del siglo y al influjo de la civilización y del progreso, constituiría el dominio imperante del absurdo.

El masón en cambio, imbuido de las creencias dogmáticas de su templo; atado a ellas por los erróneos conceptos de un deber tiránico, e imposibilitado de hablar y de discutir por la fé ciega y las exigencias del silencio, se encuentra en el trance ineludible de aplicar el corselete de su código y de sus sentencias a todos y a todo por igual, lo que supone, y reafirmado por las falibles y oscuras votaciones de las «*blancas y negras*», el lecho de Procusto, que estira la falta si es demasiado corta, o le cercena la cabeza si le sobra por extensión.

Encuentro para esto, y como afirmación de mi sentencia, que los artículos 88 al 120—Capitulos 2o.— 3o. y 4o.—abarcan un *codicello* de actos punibles—de penas y de juicios, indignos de figurar hasta en las legislaciones mas atrasadas y retrógradas del siglo.

Allí se castiga hasta por hablar sin permiso del *Venerable*; allí se castiga la mas pequeña falta de formalidad en una discusión; allí se castiga la revelación a profanos de actos o ritualidades masónicas; allí se castiga todo subversión o conato hecho o ideado para cambiar los reglamentos, la constitución o las leyes masónicas; y así, por este estilo, otro sin fin de cosas absurdas, que la *liberrima* secta de la masonería ha entendido y entiende por delitos leves, graves, individuales, o coletivos, según los casos.

Quiere decirse entonces, que el masón conciente—y esto, cuando cumpliese las obligaciones de su cargo; cosa que como en todo no es muy vulgar—veríase en la obligación de saber mas *doctrina* masónica que mandamientos y oraciones tiene la Santa Madre Iglesia; con el agravante, que si los afiliados al rebaño de Cristo esperan y consiguen de un cura la indulgencia y el perdòn, ellos en vez, sufren el castigo de sus culpas, de sus ignorancias o de sus errores, con las *penas disciplinarias, correccionales o mayores* que aplica la Veneratura o el Consejo Supremo del Taller.

Por lo que se ve, y ya que estas afirmaciones estan tomadas y transcriptas del código oficial de la secta que ampara y cobija el Gran Arquitecto del Universo, la incompatibilidad masónica-anarquista resulta claramente explicable y mas todavía comprensible.

No cabe en el anarquismo,' y mucho menos en la forma narrada, esas caprichosas ideas del delito y del castigo, continuidad o encarnación completa de las célebres leyes de Talión.

El anarquista no se sujeta ni acepta leyes que sean artificialmente creadas para defensa y estabilidad de sistemas que avergüenzan la dignidad humana, obligandola a la sujeción y al servilismo.

Aquel que me diga que el individuo anárquico puede pertenecer y pertenezca a la logia de los masones sin perder la convicción de su credo o trasgredir los dictados que emanan de la conciencia, será por un fuerza un ser a catalogarse en la sección de la ignorancia, o en el plano de la hipocresía convencional.

Porque no es tanta la dignidad humana del que queriendose pasar por anarquista —*lo que no da mas que satisfacciones morales y muy intimas*— la supedita en cambio por aquiescencia o adaptación, al interés material de una logía o de un templo, dispensador tan solo del *misterioso* adjetivo masónico.

FERRAN.

Exceso de patriotismo

— —

Los españoles son tremendos!
¡Ponen a su patria por las nubes!

Porque su patria, ¡la pobre patria de Cervantes!, sigue con su existencia en la tierra!

Y, la ilusión es supérflua en este caso: no puede remontarse por las nubes lo que es-inherente a este planeta...

¿Qué puede elevarse intelectualmente hablando hacia la cúspide de la civilización contemporánea?

¡Estoy muy de acuerdo!

Pero, por favor, que no hablen con fanatismo, si no quieren interrumpirme la digestión.

Y producir náuseas en mi estómago.

Y todo lo malo que puede producirse cuando se declara una revolución intestinal...

He dicho que los españoles son tremendos. Bien; a probarlo!

Son tremendos porque se destacan. en la superioridad intrínseca de los demás súbditos que residen en este país, por su exceso de patriotismo! Y constetuna vez más, de que en estas últimas palabras está la síntesis de lo que no se dice. ¿Qué Vd. cree, por ventura, que son unos verdaderos fanáticos; que no atienden razones de ninguna especie, porque tienen una «fécicgar» al tener a su patria en un concepto demasiado elevado? Créalo!

Yo no le digo nada por eso!

Al contrario, siempre me ha agradado encontrarme con personas que congenien con mi manera de pensar...!

Dígame: ¿de qué nación es usted?

Es una indiscreción; lo sé, pero... necesito saber su nacionalidad antes de entrar en lo íntimo de esta conversación.

¿Es usted español? Haga lo posible por serenar su espíritu, y reflexione detenidamente sobre las palabras que aquí escribo.

¿Es usted argentino, italiano, ruso, alemán, inglés, austriaco, francés, belga, nipón, irlandés, islandés, o pertenece a cualquiera otra nación del orbe?

¡Colóquese en el lugar del español!

¿Es usted internacionalista: brega como yo para derribar las injustificadas fronteras que existen en el globo?

Entonces, deme esos cinco; suba conmigo los peldaños del pensamiento humano!...

¿Nunca, decidme, os encontrasteis con un español — y cito a este, porque este es, para nosotros, los que hemos tenido la dicha de haber nacido en esta «bendita tierra» (!), que le han dado en llamar Argentina, el prototipo del patriota — que os hablara con énfasis, con exceso de patriotismo?

Yo, desgraciadamente, me he encontrado con varios!

He visto con mis propios ojos — por no decir que he oido con mis oidos — hasta donde llega su desparpajo.

¡He escuchado muchas veces su cantilena! Y, lo mas extraño, lo más raro y lo mas cómico que puede existir lo he hecho yo.

—¿Que ha hecho? preguntará usted.

—Nada;— contesto yo— los he escuchado en silencio!!

¡Había que ver, amigo; había que ver como llegaban hasta el ridículo! Y todo eso para probarme que el «duro de allá» no se esfuma tan fácilmente como el «peso de acá! ¡Con que entusiasmo me lo decían! ¡Con que contento! ¡Con que alegría!...

¡Como se henchían de orgullo cuando veían de que yo los escuchaba silenciosamente, risueñamente, bonachonamente...!

¡Como aumentaba su verba!

¡Parecían unos verdaderos Castelares... en miniatura!

¿Usted dirá, quizá, de que esos individuos pertenecían a la nobleza, a la burguesía o a la clase media?

¡No, hombre, no; no eran nada de eso; no tenían títulos ni condecoraciones de ninguna especie: eran unos «pobres diablos» — como dice la «créme social» — ; formaban parte en el interminable batallón de los desheredados!...

¡Y después nos extrañamos cuando oimos la voz melíflua, aflautada del burgués, del parásito que defiende con calor la «sagrada tierra» que lo llenó de «pesotes»! ¿Porqué?

¡Si el defiende «sus casas» sus intereses, su dinero...!

¿Porqué nos extrañamos?

¡Si el «ignora» que esas cosas y ese dinero pertenecen a la colectividad; e ignora tambien que «sus intereses» son los «intereses creados» con el sudor del obrero! ¿Porqué nos extrañamos?

¿Creemos, acaso, de que el potentado es susceptible de aceptar la teoría natural de los hechos que se desarrollan a su alrededor?

No. No hay que creerlo!

El «problema social» es un problema muy confuso para la mente obstusa de la burguesía; es un problema que no se aprende en las academias; se aprende con los dictados de la práctica societaria, con los dictados de los sindicatos, con los dictados de la razón...

Continuemos con la cuestión; dejemonos de filosofía.

— Vd, no puede formarse una idea —decíame uno de esos individuos que ya he citado —, de lo bien que se está allá.

Y yo, para mi capote decía:

—¡Claro! No puedo formarme «una idea» con toda tu charla. Aún no he podido experimentar, «allá», en esa, la «ciencia de la observación»; pero, no por eso, pedazo de imbécil, voy a creer en tu palabrería. ¡Me basta la ciencia social; con ella podría refutarte!

Y, si en este momento no lo hago, es porque quiero estudiar la psicología característica de tu ser!

Finalmente: ¿No me entiendes estúpido de siete suelas?...

El seguía, seguía, seguía... divagando macarrónicamente con el delirio de las grandezas.

—Un duro de allá tiene fuerza. ¡Vaya si tiene fuerza! Usted compra esto, lo otro aquello, y...

—¿Todavía tengo el duro? —atrevíme a interrumpir.

¡Aquí fue Troya!

Lanzó una larga, interminable carcajada mucho mas insulsa que su conversación.

—No:—repúsome después, con la risa a flor de labios —no tiene el duro, pero.. sí, algunas «perras chicas».

Entonces, maquinalmente, instintivamente, di vuelta la cabeza: me acordé de los otros perros, de los perros de investigaciones, de los perros que olfatean don de no tienen que olfatear... y pensé de que valen menos, mucho menos que las perras chicas de España.

Vicente Todaro.

Rebelde

—s—

A vosotros soldados juveniles
que esclávos de la ley os veis forzados
a perder doce meses, agobiados
por el peso de bárbaros fusiles...

A vosotros que veis vuestros viriles
esfuerzos de trabajo malogrados;
a vosotros, hermanos disfrazados
con librea de míseros serviles...

Mi mente os aconseja que si un día
os arrastran por fuerza a la pelea
los jefes suprimais con bizarría

Y tiñendo en su sangre el trapo im-[puro
lo convirtais en símbolo de idea,
de paz, de rebelión y del futuro.

LUIS COY

Plumadas

—s—

En la plaza

—s—

Es día domingo.

Los chicuelos juegan, saltando, por sobre el césped, con gozo, con optimismo jocundo. Rien y corren con ingenuidad ya de suyo infantil, jubilosamente: sin hacer caso a las amonestaciones del guardían. Es una algarabía. Franca y honesta. Gritan...

En lo alto el sol, está como escondido

entre los pliegues brumosos del horizonte gris; así como entre celajes blancos, jaspeados. Las nubes ambulan. Diríase un desfile sideral en desgano, sin derrotero; marchando cual las ninfas de un lago azul...

Aquí y acullá, sentados en los bancos, algunos hombres y mujeres. Unos tristes, angustiados. Otros rientes, nostálgicos. Es la vida.

Hay, apostados, sobre la verde alfombra gramillar, enhiestos y garridos como cen tinelas umbrosos, ingentes árboles de diversos matices y prosapia. De hojas y frutos ya verde, ya amarillo o ya rojo. Los hay áridos y ubérrimos. Como en un vergel...

En el centro de la plaza, así como en un sobre relieve, se destaca la austera figura de un hombre gallardo, broncineo: *Sarmiento*.

Y en un como recodo veo reunidos en forma de rueda, eslabonados, un grupo de hombres que cantan y de mujeres que hacen coro.

Me acerco.

Todos tienen, al parecer, un libro en la mano. Diz que es un libro antiquísimo.—En acabando de cantar, se adelanta, del círculo hàcia el centro, uno de esos hombres, oficiando de orador. Y con cara extraña, voz cavernosa y el gesto melifluo, exhorta:

«Estimados oyentes, queridos hermanos: este libro es la Biblia».

¡Eureka! Estos son Evangelistas—me dije. Al instante el orador añade con toda prosopopeya:

«El que leyera este santo libro se libertará. Está en salvo. Los pueblos todos, de Occidente a Oriente, las naciones de uno y otro continente, en grado de adelanto, de progreso, de bienestar, fueron inspirados por la bondad divina de Cristo, por los Sagrados Evangelios. Este libro - la Biblia - es la libertad, queridos oyentes, estimados hermanos».

Se oye una voz, dos, tres voces que interrumpen, y gritan: «¡No es cierto!»

Callan. Se hace el silencio. Y el orador, con solemne, afectada gravedad, prosigue:

«La vida es un valladar, un abismo espeluznante, una cima abrupta que hemos de eludir para, así, gozar de lo Eterno en la Paz y la Armonía Divina de nuestro salvador, el señor Jesucristo y de su loado padre: Dios, si es que queremos ser salvados. Los que nos oyeran con fé están con nos, y los otros que no gustaren están fuera de nos».

Algunos ríen a la sordina y otros se desternillan; —a mi se me antoja que lo hacen en virtud de la perogrullada del último párrafo. Porque, en cuanto a la justeza, a la verdad infalible del párrafo primero, no cabe ser puesto en duda, no se discute. ¿Para qué? ¿Para ver con los ojos calcinados de nuestra angustia, del dolor inmenso, de la esclavitud enervante que el atavismo, que las aberraciones y los morbosismos y las rutinas han dejado en nosotros, en nuestra alma, — el excelso sentir— atrofiando las mas sanas energías del espíritu y la salud del cuerpo y la voluntad de la conciencia, en este y en todos los régimenes do impera la Ley, el Agio y la tiranía política y religiosa? ¿Para eso? ¿Para saber con la punsante filosofía del egoísmo mas sórdido, mas canalla, que los hombres son lobos que se comen a otros hombres, al amparo del Privilegio—pulpo deleznable,— cobija dos por el manto de la impunidad en el robo y en el estupro? ¿Para eso? ¿Para sentir, no ya en las fibras o en los huesos, sinó en la médula misma de nuestro derruido organismo, las pulsaciones, el ritmo de una canción hética, de un idilio trágico con la Parca que nos acecha despiadadamente, de instante en instante, en el taller, en la fábrica y en el cuartel?... ¿Para constatar la esterilidad de la mansedumbre, y nuestra condición de uncidos, de esclavos? ¿Para constatar, digo, de hecho que sobre nos, pesa un yugo infamante, un lastre infecundo: la Fé? ¿Para constatar, repito, que estamos condenados en la abyección, y somos miserables y vesánicos de toda vesanía? ¿Para eso?.. ¡Oh, no! ¡No hemos de discutir! ¡No se es necesario, preciso, de ninguna manera, analizar, buscar el fondo de la verdad en la realidad de las cosas. No... Es menester admirar y creer, ungidos por la gracia celestial, y tener fé en Cristo: «eludiendo el espeluznante abismo y el valladar de la vida».

Hemos de tener fé y creer, supinamente, con beatífica unción, todo cuanto nos digan, por boca de estos hombres, los despergeñados infolios del Evangelio, y las peregrinas, incoherentes *afirmaciones* del Génesis: La Biblia...

Hemos de negarnos. Y a fuer de sincero, creo que esto estamos haciendo. Fijad la vista, auscultad con el oído y percutid con el corazón, aquende y allende, en *Oriente* y *Occidente*, como caen los hombres, hundidos en su propia sangre, en fraterna y criminal guerra, muertos por las balas de la fusilería; despedazados cual jirones palpitantes, mordidos, picoteados por los buitres vergonzantes del latifundio, de la ambición avie sa y solapada. Escuchad los ayes y lamentos, el cántico quejumbroso del hambre, del abandono, del desamparo, del desastre y, entonces, poned la mano en el corazón, y preguntaos: ¿Esto no es negarse de toda negación?

Y alguien, con el infolio de los valores hipocondríacos, os responderá con el mayor desparpajo:

—¡Esto, es salvarse!...

Y el hombre—el orador—grave, solemne y circunspecto, proclama, en alto, a modo de sentencia una máxima que diz ser un aforismo de Cristo. Hela aquí: «Sed fieles hasta la muerte que yo os daré la corona de la vida».

—¡Voto al chápiro si comprendo ese aforismo!—dice un circunstante.

—¡Es que esto es hablar en giros parabólicos!—responde otro.

—¡Paradojas y paradojas!—grita un tercero.

Se oyen varias carcajadas. Unas que otras ironías. Las ojas de los árboles, en sus ramas, silban. Las que están fuera, desprendidas, se arremolinan. Y el público, se marcha detrás de un vocinglero, vendedor de menjurjes, jabones y cáusticos, para curar los males y el paludismo. Palabra!

Sonreíme. Me acordé de San Pablo y sonreí de nuevo; sonreí en un como esguince de satánica inquietud.

El sol habíase escondido completamente. Metióse en la sábana crepuscular. Sin púrpura ni arreboles. Fué un ocaso gélido, gris...

Los chicuelos se apedreaban con los guijarros de sus travesuras. Burlábanse del guardian. Y reían con sus gritos.

Entonces yo, en medio de tal algarabía, de alto ruido, les espeté a modo de un exabrupto:

—¡Sois unos réprobos!

ARMANDO LARROSA

Rosario de 1914

¡¡Horror!!

— —

Ved a los hombres cual sangrientas fieras — en los combates tétricos que arrasan — los campos y ciudades que traspasan — por mantener intactas las fronteras.

Ved a esos hombres llenos de quimeras — de vida y juventud cuan tristes pasan, — y sin odio ni amor se despedazan — por la defensa ruín de sus banderas.

Y sembrando el terror por los caminos — los héroes surgen por sus desatinos — Do el *crimen militar* les inculcara.

¡Todo muere a su sombra! ¡Todo! ¡Todo!— Y aun los pueblos aplauden este lodo, — cual si este fango vil los libertara!

Ignacio de Brugat

"Medios de acción"

— s—

Con el mismo título aparece en el diario «La Vanguardia» Nro. 2665 un artí-

culo manifestando la impotencia de los «poderosos partidos socialistas» para contener la gran tragedia Europea. Y esta impotencia, según él, alguien dice, habrá pensado en la bancarrota de la «acción política». De modo pues, añade, que juzgando así, puede aplicarse igual criterio al «sindicalismo» revolucionario.

Para nosotros, si bien participamos en muchos puntos en orientación y medios de lucha — menos en la política — con ambas fracciones, no se nos escapa tampoco la gran plancha de estas, y especialmente de la primera. No por incapacidad de sus componentes, queremos suponerlo, si nó por ciertos medios inadecuados que adoptan para capacitar a la masa proletaria para alcanzar sus propios anhelos.

La parte de la opinión, no activa directamente, que piensa y observa un poco sobre la acción de estas fracciones, comprende la insuficiencia que encarnan como para contener los desmanes de toda una clase que domina política y económicamente. Y la acción política, mucho mas inepta aún, para el intento que el articulista se propone mancomunar.

Quizás si los redactores de «La Vanguardia» hubieran meditado con menos pasión de la que el medio en que actúan les sugiere, deducirían que la guerra actual, en mucha parte, débese precisamente a la falta de una sólida y concienzuda preparación en la masa. y entre los paises que señala como los mas adelantados en principios socialistas. En cambio, se han dejado a un lado los verdaderos principios que informa el presente momento histórico, como pretenden ahora, y quieren encaminarla en una orientación que está demostrando su inutilidad, al retardar lo mismo que se quiso apresurar.

Pero, para atreviar consideraciones sobre la labor que el partido socialista mundial ha venido efectuando de mucho tiempo atrás, sin poder conseguir en un todo los propósitos colectivos que persigue con mas tesón; necesario es convencerse, que no todo se debe al estar o haber estado en «pugna» entre los afines; sinó porque, la acción política, no llena las aspiraciones del proletariado. Aunque no lo parezca así a sus acérrimos partidarios.

Mucho de este trabajo lo han circuscrito en alimentar las mismas preocupaciones y errores de las viejas creencias, mezclando un poco de crítica y algún tanto de economía estadística a la organización burguesa; que es a lo que deben en parte el haber alcanzado su llegada al poder.

Mas, en este momento en que se ve o se siente mas por intuición que por un serío análisis la labor de los partidos avanzados, no se atribuye a la deficiencia política — entendemos la acción parlamentaria — sinó a la falta de capacidad emancipadora de la masa. Confirmando al mismo tiempo, que los pueblos viven todavía sugestionados por las adsurdideces y la vaguedad de los conceptos que arguyen los nuevos reformadores, y que solo benefician a ellos y a los intereses de los privilegiados.

He aquí la razón suprema por la cual aún se despedazan estupidamente los pueblos europeos.

En cuanto a los sindicalistas, sinó proponían ventajas legislativas, se han limitado a la cuestión inmediata de una mejora, contrarrestando en parte la educación sociológica y filosófica, consideran dola de ideologías inútiles y con otros dicterios aún para llevarlas al seno de la organización.

Y es tan fría y carente de vigor una táctica asì como lo es la socialera. Ambas tienden a anular o estancar en el hombre todo lo poético y pasional; cualidades que precisan ser desarrolladas por concordar con sí mismo.

Mas ahora, que se ve la ignorancia del pueblo y que el sacrificio de tanta propaganda ha sido impotente para poder contener una guerra semejante, prueba suficiente que es necesario hacer escuela; escuela capáz de poder actuar en todos los dominios de la inteligencia que afecta la cuestión social; y no en acciones limitadas en intensidad por magnitud; como es por ejemplo, la sanción legal misma de una hora menos en la jornada de trabajo, u otro reglamento *sui géneris*, o la preocupación inmediata de una mejora, sin tener un conocimiento conciso para darse como fuerza propulsora de las acciones.

Solamente así, merece el esfuerzo de la propaganda; haciendo escuela que pueda hacer de esos organismos unas verdaderas unidades.

«*Si la organización política del pueblo trabajador no ha podido nada contra los factores de la guerra, ¿que cabría esperar de la organización gremial proletaria, hecha con fines prácticamente más modestos, para luchar contra los patrones mas que contra el estado y su acción política en general?*»

Con este modo de argumentar, «La Vanguardia» se olvida que quien dice gobierno dice capital, y que la acción proletaria, o gremial que sea, debe ir precisamente contra lo establecido. Y en manera alguna caben acciones separadas, (que no las hay), o pretender hacer una nueva división de clases.

¿Acaso la acción política de los socialistas va contra la misma política?

El ir contra determinados individuos que emplean casi los mismos medios de acción no es atacar el mal de la política; puesto que esta tiene siempre por base, sinó el privilegio de la propiedad como los otros, el del poder, que es tan tiránico como los demás.

Confesemos tambien ya que la sinceridad es quien nos dicta hacer este pequeño comentario, que en todas las fracciones ha habido deficiencias al actuar frente a las masas, pero no se puede negar, tampoco que socialistas y sindicalistas han restado mucho a esa educación innovadora que, los anarquistas propagan y proponen.

Teócrito.

Campo obrero

— —

A guisa de broche.

—s—

Parece, (al menos al parecer), y esto segun el ultimo artículo de Teócrito, que nos hemos comprendido en parte. Bien haya pues, que sea esta una de las pocas veces que la discusión no haya terminado a farolazos, como se acostumbraba en el Rosario de la Aurora.

Nuestro «Campo Obrero», ha tenido para mí, la comparación metafórica de un refresco de limón. Ambos contendores le hemos exprimido tanto y tanto, que por poco jugo que tuviese ha bastado cuando menos á satifacer en parte la sed recíproca que nos tenía un poco afiebrados.

Teócrito para dar fin, ha hecho lo de la sierra circular; ha unido cola con cabeza, y al reconocer mucho de la ignorancia obrera, ha proclamado la instrucción con la condescendencia piadosa de la disculpa, en lo que toca a los vicios y a las desviaciónes de la familia obreril, que prefiere la taberna, el juego o el prostibulo, a la cátedra al libro o al periódico.

No he de ser pues yo, el que imitando a mi contrario, insista de nuevo en repetir lo que llevo dicho, para obtener de él las mismas respuestas que me dió en esa vuelta circular que equiparada con la sierra, lleva recorrida. Convendré tambien, transigiendo en lo intransigible; y aunque continuando cada cual por su camino, seguiremos con la misma amistad de antes. El, ilusionado en extremo, sufriendo golpes pero avanzando. Yo, *pesimista* a mi manera, abroquelado y exento de muchas decepciones, y no retrogradando tampoco. Nuestras obras sinó parejas, no se repelerán. Iremos pues a un fin como Teócrito quiere; pero por distinto camino.

No tendrá así porqué quejarse. Si él usa de sinceridad, y estima en mas la confesión de un error que el pedido de disculpas, yo a mi vez, complazco a lo que veo un armisticio, y transijo, transijo digna y noblemente, por el bien y la prosecución de una causa.

Hay etapas en la vida humana, y mucho más visibles en la lucha social, que deben por fuerza y muchas veces recorrerse. No queremos comprender que tambien en la sociología se encuentran ya algunos axiomas, y preferimos *sentir* antes que aceptar. A mi juicio Teòcrito y yo somos un ejemplo. Yo he recorrido esas etapas; Teócrito las está recorrien-

dos. Pasados unos años, meses quizás, no sería difícil encontrasemos una mas acabada concordancia.

Y aquí recuerdo, y no se si es de S. Mill, el cuento del hombre del puente y la libertad.

Hay un hombre dispuesto a tirarse de cabeza al río y se le detiene. ¿Se obra bien?—Chocan la libertad y la humanidad.

Así nosotros, estamos en el puente y no sabemos, o sabemos demasiado, quien de los dos se abandona a la corriente. Por tanto, la libertad consiste en dejarnos la libertad de proceder. He ahí todo.

Juzgo, y por las correspondencias cambiadas, que Teócrito tiene condiciones para triunfar. No le falta constancia ni está escaso de voluntad. De mi parte, me creo tan rico como Teócrito; y aunque no fuera así, nadie en conciencia puede vivir engañado dentro de lo que es su propio engaño.

Sigamos pues luchando por no importa que senderos. Al fin de cuentas, nuestra lucha será siempre proficua. Vamos con propósitos loables persiguiendo una igualdad relativa; y tanto vale hacer bajar a unos como elevar a otros. El término medio es para ello el todo.

El complemento vital de los seres humanizados no existe sinó con el pensamiento y la acción indisolublemente unificados. Es como si dijèramos, la fuerza y la materia en la composición atómica del Cosmos.

En resumen, y como digo en un principio, a manera de broche, este «Campo Obrero» es el pacto resultante de las proposiciones o armisticio del compañero Teócrito, que tuvo la gentileza, (por mi correspondida), de dilucidar con la pluma y dentro del límite de lo posible, disparidades que nos separaban de un punto en proporciones quizás menores a las imaginadas.

Hemos roto una lanza buscando la unilateralidad no encontrandola, mas sin embargo, y con ayuda de propòsitos sinceros, hemos hallado el acercamiento ideológico en magnitud distante a la esperada.

Hemos expuesto los conceptos respectivos con cultura y con interés, y al llegar al extremo que llegamos, podemos retirarnos con la plena y satisfactoria convicción, que si no dimos la luz aclarativa para esas discordantes confusiones, no hemos sido tampoco de los que debamos recriminarnos por haber agregado una sola tiniebla.

CINEMA.

Necesidad imperiosa

—S—

En las circunstancias actuales en que vemos a diario condenar a los hombres que tienen la osadía de salvar al menos individualmente la dignidad de las ideas, ya sea desde una tribuna o desde un periódico, se impone el deber que la unión proletaria acompañe y secunde.

Debe de comprenderse que no será con el acatamiento ni tampoco silenciando u ocultando los hechos, como podrá recobrarse el respeto a las ideas y a los hombres, de manera tan vil y cobarde como estan ultrajados en la actualidad.

Hay que saber demostrar ante la razón y ante los tiranos, que el derecho sacrosanto de libertad que nos asiste no se debe conculcar, y que cuando estos se trasgreden, la conciencia misma que por ellos albergamos es fuerza bastante para imponerse y exigir respeto.

Los presos sociales que purgan en las carceles injustamente castigos por delitos que caben unicamente en la imaginaciòn del despotísmo, son exigencias ineludibles que claman justicia, y que deben de impelernos a vindicarles por cualquier medio y en cualquier terreno.

Barrera, Antilli, Lopez, Mari, y tantisimos otros camaradas, son cautivos para los que existe el deber de rescatar.

Ellos han hecho en sus articulos, en la tribunas o en las barricadas, el gesto de defensor y salvador de toda una multitud, y no es razonable ni lógico, que seamos ahora nosotros indiferentes o apáticos ante su cautiverio.

Si las leyes liberticidas tienen fuerza y sanciòn legal para invalidar con sus atimañas al derecho; nuestra unión de compañeros y nuestra convicción de ideal es, ha de ser tambien empuje suficiente para que corrija esos abusos y encauce por los carriles que se debe, la dignidad y el derecho de los hombres.

A no olvidarlo pues; y a contribuir con todo nuestro tributo a la obra.

Solo nuestra solidaridad y acción derrumbará la tiranía.

S. M. L.

ILUSIONES

— —

Nacen con el soñar de las quimeras
que vibran al calor de lo sensible,
y van dejando en realidad tangible
sus hirientes espinas traicioneras.

Tienen tantos recursos y maneras
y es tanto su poder apetecible,
que se busca con ellas lo imposible
en medio de locuras pasajeras.

Llevan atormentados los ensueños,
para volcar con saña los beleños
que brinda la enervante realidad.

Y engañan en hipócrito consorcio,
propinando alocadas el divorcio
del amor que soñó la idealidad.

A. NIL.

¿Hizo mal?

—S—

En su anterior «Hizo mal» el compañero Fiat Lux concluye diciendo: «yo diría que en estos problemas sociológicos, donde son actores varios individuos, se tropieza con la dificultad principalisima de que no todos ellos son contemporáneos Y nada mas.»

Y tiene mucha razón. Yo por ejemplo no soy contemporáneo de él. Pero, como hay dos modos de no ser contemporáneo yo voy a colocarme en el peor, en el que va del tiempo presente al tiempo pasado; que es igual que si lo digo al reves.

Es una costumbre como otra cualquiera; siempre que quiero dar un salto nunca lo doy desde el lugar donde me encuentro, sino que retrocedo, tomo vuelo y doy el salto. Me parece que asi el salto es algo mayor.

Y sin embargo, esto, como todas las cosas, tiene sus quiebras; hay quien me ve retroceder y dar el salto y hay quien no se fija mas que en lo primero. Y es lo mismo que si a mi me diera ahora ganas de decir que el compañero que echó de su casa a su hermano por no querer trabajar hizo bien, en vez de seguir diciendo que hizo mal. Y todo el que viera esta regresión diría: «se equivocó; volvió atras en su camino». Por supuesto que nada de esto es contemporáneo.

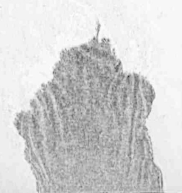
Conque quedamos en que yo retrocedo para saltar; pero que es indudable, que una vez que doy el salto sobrepaso el lugar donde me hallaba, mucho mas que si lo hubiera dado desde mi centro o terreno.

Y así son todas las cosas. Es necesario retroceder para avanzar, por lo mismo q' no se comprende el avance sin haber retrocedido; y en ciertas cosas—y en esta mas que en ninguna— cuanto mas se retrocede mas se avanza. Porque ya de lo que se trata es de *saltar*. Y esta costumbre que tengo de retroceder, es tan buena, que me sirve para todo; hasta me ha servido para empezar este escrito, dando comienzo por donde Fiat Lux había terminado. Ahora doy el salto y me voy sobre el principio.

Empieza Fiat Lux: «ciertas apreciaciones que formuló respondiendo a esta encuesta, han merecido del compañero Bermudez, considerandos que estimo pero que no comparto».

Pues no debe de ser así. Lo que se estima se considera como bueno, y se comparte. No hay que decir jamás, estimo tal apreciación, y no comparto con ella. Lo que sirve, sirve, y es porque sirve. Lo que no sirve, no sirve, y es porque no sirve.— Es una costumbre muy contemporánea, pero que deja a muchos sumidos en un mar de dudas o de obscuridad.

Continúa Fiat Lux: «De un lado noto en su respuesta anhelos marcadísimos de



una sociedad futura (sobre todo en aquello del lugar y sitios de reclusión que tendrá el individuo en el mañana)».

No. No el individuo. La palabra «individuo» se generaliza a todo un pueblo, a toda una sociedad.— Y este muy grave error que comete Fiat Lux, generalizando los conceptos y las cosas, lo lleva a continuar engañándose hasta el fin. Como se verá en todo lo que sigue.—Es, y he dicho, *el que no quiere trabajar*; que en el dia de mañana tendrá un lugar de reclusión (o cárcel, que es lo mismo) donde se le atenderán sus necesidades, y donde curará de su holgazanería —si es que la tiene— porque a nadie, por muy holgazán que sea, le ha de gustar pasar toda su vida recluido; y si llegara a ese extremo no era holgazán, era un insano. Cada cual piense que, si por muy poco que le guste el trabajo se resignaría a pasar su existencia de esa manera; que después de todo bien corta que esta sería. Preferiría, creo, mil veces, trabajar. Pero como hoy, en vez de ese punto de reclusiòn para el estudio de la holgazanería, no hay otro lugar que la corriente de la calle, ni otros alimentos que los que arroja la sociedad, ese hermano consciente, como dije en primera, debió saber *a que lugar me lo arrojó*. Pero veo que unos y otros, conscientes y contemporáneos, no se dan cuenta del lugar donde se le arrojó: a pesar de todas los *razones despiadadas y verdades despiadadas y virtudes rancias* que se quieran exponer.

Estas consideraciones, de las que se desprende un estudio largo e interesante (pero nuevo), que no puedo tratar hoy en extenso por el poco espacio, pero que no dejaré de hacerlo mas adelante, fueron las que me obligaron a decir «ha hecho mal»; lo contrario de Fiat Lux; que dijo, «hizo bien». Y prosigue Fiat Lux:

«Y de otro, no quererse apartar del «deber» y de «familia» que supone la «familia» en el presente».

Pues bien; sobre este punto de «deber» y de «familia», no puedo tampoco extenderme más, resultaría demasiado largo, por ser esto apreciaciones que pertenecen a la Naturaleza y a la naturaleza. Así es que lo dejaré para otra ocasión, no sin preguntar antes a mi buen censor, que es lo que comprende por «familia íntima» y «familia social», y porqué causa o concepto sobrepone esta segunda a la primera. Ahora continuemos lo interrumpido.

Dice Fiat Lux: Es sumamente paradógico aseverar que aún en el futuro trabajará quien quiera y tendrá sin embargo asegurada la subsistencia».

Por lo pronto, dicho de esa manera no es paradógico, es, «otra cosa»; Pero si se dice: «es sumamente paradògico aseverar que aún en el futuro el que no quiera trabajar tendrá destinado un lugar de reclusión, etc, etc.» que es como yo lo he dicho, no resultará «otra cosa», sinó paradógico. Y entre paréntesis, y aunque no sea esto contemporáneo, diré a Fiat Lux, que *la paradoja de hoy es el lugar común de mañana*. Y entre lugares comunes y paradojas, no hay mas distancia que la que hay entre un aforis mo y una sentencia.

Y sigue Fiat Lux: «Para mi, ese sistema de convivencia imaginable es demasiado desarmónico para poderlo creer factible y de realización».

Y es muy natural. ¿Quien ha dicho, «que aún en el futuro trabajará quien quiera y tendrá sin embargo asegurada la subsistencia?» ¿Lo he dicho yo? Que rebusque Fiat Lux, en todo lo que yo llevo escrito al respecto, y no solo en lo que llevo escrito sinó en todo lo que he dado a comprender, a ver si encuentra esa fó mula o receta..... He dicho cien to y una vez, que el que no quiera trabajar tendrà designado un lugar de reclusión, ¡de... re...clu...sión...! ¿Estamos entendidos? Donde la penitencia, como es muy fàcil de comprender, será mas grande que el pecado.

Pero, naturalmente, al generalizarse los conceptos y las cosas, tiene por fuerza que suceder así.

Que se dé una voz en el futuro (o para el futuro), diciendo: *Trabajará quien quiera y tendrá sin embargo asegurada la subsistencia*. ¡Y claro está que el caso habría de resultar algo mas que des armónico!...

Pero que se dé una voz diciendo: *El que no quiera trabajar irá destinado a un lugar de reclusión donde se le darán los alimentos*. ¿Sería el caso igual? ¿Produciría el mismo efecto? Claro que nó. Es decír, claro que nó, siempre que no hubiera alguien que vislumbrara la sociedad futura con vientre y sin cerebro; o con el cerebro dentro del vientre.

Y como al seguir analizando habría de llenar casi la cabida del semanario, creo que con lo expuesto es suficiente. Baste saber, que cuando Fiat Lux desee de refutarme algo, que sepa que se lo agradezco bastante, mas de lo que el pueda figurarse, pero, eso sí, que procure de coordinar mis ideas, desligando los conceptos de toda materia extraña, que pudiera, aún dentro de la buena fó, adherirse a ellos.

Y con todo esto, ha venido a resultar; como lugar común, que hizo bien, y como paradoja que hizo mal. Es decír, que estos dos últimos renglones, *compendian en absoluto*, todo cuanto se lleva escrito sobre este asunto.

Rafael Bermudez

A los suscriptores

—s—

El reparto de este periódico se efectua por correo. Todo aquel que no lo recibiese, sirvase dar aviso para formular el consiguiente reclamo.

Biblioteca

La Biblioteca del Centro queda abierta de 5 a 7 y de 8 a 10 p. m. todos los días. fijar el día.

